Traducir no es traicionar

Adolfo García Ortega

Voy a darles algunas «pinceladas» de lo que es el trabajo del traductor literario. Y algunas ideas para debatir acerca de cómo mejorar la promoción de los libros desde los traductores. Empezaré diciendo que en mí coinciden las áreas de escritor, de traductor y de editor. Y por ese orden. Le debo a los libros haberme permitido ganarme la vida. Como escritor, en mi caso, traducir es un placer, un reto, un vicio, una especie de juego de ajedrez y, quizá, un modo más intenso de leer.

Mi amor por la traducción proviene del latín y del griego en la época del colegio. Traducir a Salustio, a Julio César, a Jenofonte o a Heródoto me parecía un juego apasionante. Hoy apenas lo recuerdo, pero fue la base de todo, incluso la de amar el lenguaje y la de escribir. De ahí que diga, como todo traductor, que la traducción literaria es eminentemente vocacional.

No creo que un traductor lleve dentro un escritor; sí creo que un escritor puede llevar dentro un traductor. Es mi caso y el de muchos, a lo largo de la historia. Cuando el escritor traduce, asume un papel muy diferente al de escribir: escribir y traducir son misiones distintas, es decir, tienen objetivos distintos. El traductor ha de ser camaleónico con el texto que ha de traducir. El escritor, no.

Muchos escritores han sido traductores. Creo que se debe al cariz de juego combinativo del lenguaje y a la naturaleza adictiva de la traducción. También por el sentido deportivo que supone, como ir al gimnasio.

Por otra parte, traducir puede ser peligroso, y mucho. Quiero recordar, y homenajear como colega, ya que estamos en Japón, a Hitoshi Iragashi, el traductor al japonés de *Los versos satánicos* de Salman Rushdie, que, siguiendo la fetua de Jomeini, fue asesinado a puñaladas el 3 de julio de 1991. Unos días antes el traductor italiano, Ettore Capriolo, también fue apuñalado y, pese a ser gravemente herido, salvó la vida. Dos años después, en 1993, el traductor turco Aziz Nesin, fue objetivo del incendio provocado contra él en un hotel que causó la muerte de 37 personas, si bien Nesin pudo escapar.

He traducido más de treinta obras del francés y del catalán. El autor que más he traducido es Valery Larbaud, traductor también él y autor de

una obra de culto del arte de traducir, *Sous l'invocation de Saint Jérôme*. Larbaud decía que la divisa del traductor es *servir*. Es una función vicaria, sumisa, secundaria, a la que dar relieve, pero no protagonismo. Esto es lo que se quiere decir cuando se dice que el traductor «debe ser invisible».

En la traducción, un tema siempre traído y llevado es el de la fidelidad o la infidelidad. Es decir, el traductor como traidor, tal como dice la frase popular italiana de *traduttore, traditore*. Creo que ese es el dilema básico de la traducción: optar por la literalidad u optar por la laxitud en la traducción literaria. Siempre es mejor la verdad y la exactitud, pero sin ser rígidos, aceptando un amplio margen interpretativo. Porque la traducción no es un terreno de absolutos: todo en ella es condicional, movible, reversible. El traductor tiene que ser libre para poder ser, sobre todo, intuitivo.

Traducción viene del latín, *traductio-ionis*, que significa «hacer pasar al otro lado». En una entrevista, la traductora Marta Rebón decía que «traducir es coger un texto en una orilla y llevarlo a la otra». Me parece la mejor definición de lo que es traducir. No hay, por tanto, traición, sino «traslado».

El traductor ha de tener paciencia y abnegación, escrupulosidad y lealtad, inteligencia y elegancia. A estas cualidades se suman otras fundamentales: conocimientos y memoria comparativa. Ha de ser, en cierto modo, lo que en literatura se llama «un comparatista», algo parecido a lo que es un cinéfilo en el caso del cine. La cinefilia es un arte y un conocimiento, la traducción también.

El traductor tiene o desarrolla un sexto sentido, derivado de la suma de cuatro factores: conocimiento, inteligencia, sensibilidad e inventiva. Ese sexto sentido es el que avisa al traductor, como una luz roja, cuándo ha de ser literal y cuándo ha de ser interpretativo-intuitivo.

Por eso no hay reglas para traducir. La traducción se practica, se hace. Hay una experiencia que se puede compartir, pero cada traductor ha de resolver sus propios problemas, salir de sus laberintos o edificar la casa como sepa. En esto, es como el escritor. Hay tantos criterios para traducir como traductores hay. Por eso hay que leer –y estudiar– las traducciones de los colegas, porque siempre enseñan algo ante lo que luego has de enfrentarte tú. Es más, a veces es bueno y necesario consultar las traducciones anteriores, en caso de que las haya habido, para ver cómo se han resuelto las partes problemáticas o interpretativas de las obras. El traductor nunca puede ser ni inmovilista ni intransigente. Es alguien en permanente búsqueda y en constante movimiento. La traducción es una construcción siempre abierta.

Una traducción siempre se puede mejorar. No hay traducciones perfectas o ideales. Una traducción –de un clásico, por ejemplo– siempre puede variar y abrirse a la intuición de un nuevo traductor y a las evoluciones del lenguaje en el tiempo.

Una característica del traductor (que lo emparenta con su especie más cercana, el escritor) es que siempre está abordando el problema de la elección. Es el mismo problema al que se enfrenta el editor: elegir. Que es como decir «siempre está solucionando algo». Como en el escritor, ha de estar siempre resolviendo problemas, tomando decisiones y rebuscando en el mecanismo para ver cómo está hecha la máquina, por así decir. También está tomándose licencias y abriendo caminos nuevos para expresar lo mismo de otra manera. Al traducir, la comunión con el escritor al que traduce es total –al margen de gustos–, ya que se ve obligado a plantearse los mismos problemas, dudas y cuestionamientos que el escritor, a veces con mayor intensidad.

Lo fascinante del trabajo de traductor es ser intuitivo para resolver esas dudas y situaciones, decidir equivalencias, aproximaciones, derivaciones, y todo eso hacerlo rápido, sobre la marcha –salvo para cuestiones muy peliagudas–, intuyendo la encajadura de la pieza.

En este sentido, la relación con la propia lengua es clave. Fundamental, diría yo. Conocerla, explorar, amarla, recorrerla. Esto es lo que hace un traductor, y esa es su gratificación. Incluso yo diría que es la condición *sine qua non* para traducir: conocer mucho y muy bien la propia lengua.

Cabría preguntarse, entonces, ¿qué es la traducción? Volcar en una lengua un texto escrito en otra lengua y que signifique lo mismo en las dos, es decir, lograr la equivalencia de lo que pretendía el autor. La traducción no reproduce, sino que vehicula y significa, pero en otro idioma, que es como decir en otro planeta.

Contamos con las preciosas ayudas de los diccionarios y de los foros de consultas entre colegas. Creo que el traductor no debe confiarse nunca y debe cuestionarse siempre lo que sabe. Aunque esté seguro, debe consultar cada palabra. Y digo bien: cada palabra, cada expresión, cada frase, porque puede haber algún significado diferente en uniones de palabras o en expresiones hechas que no siempre se conocen o no se recuerda haber leído.

Un tema de debate es la visibilidad o la invisibilidad del traductor, como ya cité antes. Por un lado, somos invisibles y debemos serlo. Por otro, no hay que ser tan invisible que no salgamos, no ya en los créditos, sino en la

cubierta o en un lugar diferenciado. Un traductor bueno es también una referencia para el lector y un reclamo de calidad para comprar un libro. O lo contrario: un mal traductor disuade de comprarlo.

En España se reconocen los derechos de Copyright del traductor desde 1987, con la Ley de Propiedad Intelectual, lo que obliga a unos derechos –suele ser el 1 %–, a un tarifado y a un reconocimiento del trabajo. Hasta entonces, no era así. Y hoy, pese a todo, sigue siendo problemática la precariedad y la desprofesionalización (bien por intrusismo, bien por las bajas o nulas compensaciones económicas que hay).

Se dice que somos el negativo de la fotografía. Es importante ser respetuoso con el autor, disfrutar de sus aciertos y asumir sus errores. Puedes mejorar un texto y a un autor, pero no puedes hacerlo hasta el extremo de hacerlo pasar por quien no es. La cercanía con el autor importa y puede provenir de la empatía literaria, de mundos cercanos, de la admiración, de la confluencia de elementos personales y culturales… todo eso ayuda a la comprensión del texto.

Cuando se habla de cómo incrementar la mejor promoción vinculada a la traducción (que lleva aparejada la promoción de la obra original), creo que hay tres campos en los que poder incidir: 1) las tarifas, 2) las subvenciones y 3) el papel activo del traductor como parte de la imagen promocional del libro.

— En cuanto a los precios y tarifas, veamos un ejemplo: en España se paga por espacios o pulsaciones (una media de 2100 por página, igual a 13 € página); en el mundo anglosajón se paga por palabras (unos 13 céntimos por palabra). El resultado es que en el mundo anglosajón se paga 4 veces más que en España. Creo que tendría más sentido pagar por palabras, pero eso encarecería aún más las traducciones para el editor, que se vería obligado a reducir el número de libros extranjeros. Esto no sería malo, para una industria que publica muchísimos libros al año. El mundo anglosajón traduce mucho menos. Este es un reto de la industria del libro.

— Para promover la traducción, el Ministerio de Cultura español tiene cada año unas subvenciones que ha de solicitar el editor.[1] Quizá sea posible buscar medios de apoyo directo o complementario al traductor.

— Promoción y entrevistas a los traductores. Han de formar parte del

[1] Podrán solicitar estas subvenciones las editoriales extranjeras y las editoriales españolas. La subvención obtenida en esta convocatoria debe destinarse exclusivamente a cubrir los gastos de traducción de la obra presentada.

márketing, ya que pueden ser una ayuda muy importante en la promoción del libro, sobre todo cuando el autor extranjero no puede venir a hacerlo o ha fallecido. Algunos traductores tienen ya un nombre y son una garantía que las editoriales deben aprovechar. Ciertos buenos traductores son una «marca» en sí mismos; a veces se compran los libros en función de si están publicados en una buena editorial y si están traducidos por traductores de referencia; muchos lo hacen, aunque no sepan nada del autor. Cierto que el traductor no tiene –casi nunca– dimensión social, no va a ferias ni a presentaciones, pero esto debería cambiar.

El papel del editor aquí es clave, a la hora de dar protagonismo al traductor. Un papel que ha cambiado mucho con los años. No hace tanto tiempo, los traductores eran incluso obviados por los editores. No había contratos. Ni reconocimiento. Por fortuna, la profesión de traductor ha ganado mucho en el ámbito editorial: ha ganado respeto.